

Escrito en Altea

por VICENTE MIÑANA AZNAR
Capitán de la Marina Mercante

Publicado en Altea:
Libro oficial de fiestas del
Stmo. Cristo del Sagrario '92
con el título MAR.

Diseño:
PEDRO JUAN CIUDAD RAMÓN
IMPRENTA CIUDAD
Altea 2012.

El Sardinal



Remiendo y mantenimiento de redes en el carrer Sant Pere, del raval de la mar. El año que corre es el 1950.

El Sardinal

Apenas unos días, subiendo por el *Carrer la Vella* y en una de mis "etapas", por aquello de que el miedo guarda la viña y ya no somos tan jóvenes, como siempre, dirigí mi nostálgica mirada a la mar y en un momento recaló en mi mente lo que fue parte de mi vida, y tuve alegría al contemplar la preciosa "marina" que componían las velas desplegadas al viento de unas embarcaciones deportivas surcando las aguas de nuestra bahía y con mayor vistosidad debido a los "spirnakers" que enarbolaban algunas de ellas. Las flameantes velas me evocaron a nuestros faluchos o "llaüts de Sardinal" que con su arrogante proa y en otros tiempos también sus blancas velas, como alas de "gavines" daban una nota alegre y de color a nuestro mar.

Este acontecer espectacular, solía repetirse cada año en los meses de invierno y cuando las aguas eran propicias para hacerse a la mar. Por desgracia e imperativos de la vida, estas velas pescadoras, no serán como las oscuras golondrinas de nuestro poeta Becquer, éstas no volverán, ya fueron desplazadas por la evolución, que carente de poesía camina hacia la muerte y

extinción de especies, con depauperación ecológica de mares y otras vías fluviales.

Ya no es suficiente la "pesca de cada día", hay que enriquecerse con rapidez y buscar otras economías más rentables, de las que no siempre participa el de mano callosa y "polluelos" que pían en su derredor.

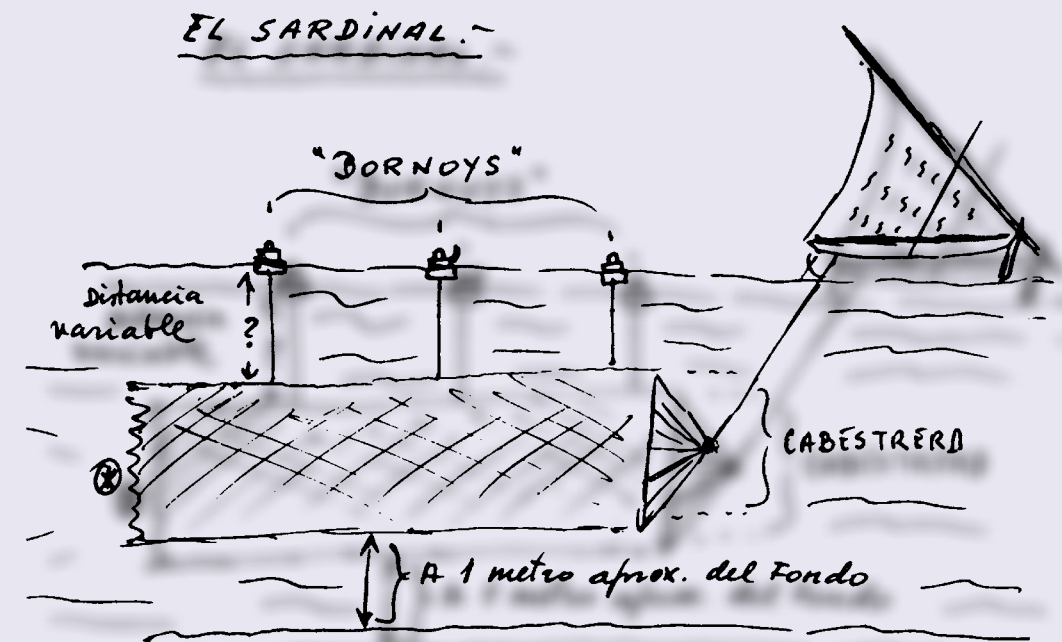
Llegada la época en que la sardina recababa en nuestro litoral, salían a su encuentro, alguna vez, hasta cuarenta "sardinals" que, con su vela triangular o "latina" salpicaban con gracia las aguas en nuestros apacibles atardeceres invernales, en disposición del lance de la "Prima" o al amanecer, para practicar el del "Alba".

La práctica aconsejaba como una hora antes del anochecer o antes de salir el sol. Sin extrañar que, alguna que otra vez, se aprovechara el rielar de la luna, cuando esta iluminaba el cielo junto a las estrellas.

Los faluchos "llaüts de Sardinal" esperaban varados en la orilla del mar junto a las explanadas de las calles San Pedro y Blasco Ibáñez, de neto sabor marinero, cada uno en su "trachòl" o parcela habitual dispuesta en suave pendiente conseguida con la constante tarea de "fer ascar"



Marineros transportando cajas de pescado a la lonja del Prado. Años 40. Conocidos Miguel Llorens "Bernabeu" y Quico "el Campellero".





(Palear la grava para rasar la playa) donde permanecían firmes los “*palanquis*” y “*parats*”, amarras y tablonces engrasados para facilitar las maniobras de “*varar*” o “*botar*” las embarcaciones.

Al hacerse a la mar, iba tripulada por un “*Patrón de papeles*” y 4 ó 5 marineros, que constituían la total dotación.

La propulsión hasta el caladero y retorno a tierra era eólica, para eso disponía de la vela; pero calar la red y zarpar, se hacía a fuerza de remo, así como mantener la red de modo que no se apelotonara y por la popa formara un paño para interceptar la sardina que se desplazaba por el influjo de las corrientes. En cuanto al paño de red, por medio de flotadores con rabiza, se conseguía acercarlo más a la superficie o al fondo, lo que dependía de la pericia del patrón y del desplazamiento de la pesca.

Cuando se “*calaba*” se iba cantando la maniobra que se efectuaba, para evitar que se liaran unas redes con otras, otras veces, para avisar la maniobra y saber los demás cómo pescaban. Así que se solía oír “*estic peixcant paca Llevant o Garbí*” o “*vaig calant*”, hacia uno u otro punto del horizonte. Hasta que al fin se callaban las voces y todos permanecían afanados en sus respectivas tareas.

El “*llaüt*” además de sus características estructurales, aparejo y redes, como complemento llevaba en su bordo un botijo que colgaba para hacer el agua fresca, un porrón con buen vino de la tierra por aquello de que un “*traquet*” no venía mal y mejor si se acompañaba a unas cuantas sardinas asadas sobre el carbón de “*anafe*”; sin faltar la cafetera con asa para preparar el tonificante café de pucherete, pero que sabía como el del café del “*tío Pepe el Casino*” o el del “*Peparra*”.

La sardina de “*Sardinial*”, por descontado, era la mejor y que mejor se pagaba.

Recuerdo que por presenciar la recalada del “*llaüt*” del “*tío Vicent de Sellés*”, cuya faena alumbrábamos con un farolillo de petróleo: José María Sellés, Pepe “*el Reloncher*” y yo, y el señuelo de comer sardinas asadas, invitación por parte de José María, distrajo nuestras mentes infantiles llevando la preocupación a nuestros padres, desconocedores de nuestras andanzas marineras. Mi pobre padre, siempre indulgente, me amonestó recordándome que debía avisar de mis actividades. Fue suficiente para que yo nunca fuera trasnochador y aprendiera que un buen consejo a tiempo siempre es válido, y tenerlo presente siempre, sea uno joven o mayor.